



*El infierno es el paraíso fragmentado, 1996, óleo sobre tela, 140 x 100 cm.*

# Un pintor desprejuiciado

Lupe Álvarez\*



Con asombro, vuelvo a mirar la obra de Waldo Saavedra, y es extraño. Me doy cuenta de que voy a escribir acerca de ella por primera vez y, curiosamente, la experiencia directa y viva que siempre tuve de esa obra (incluso de los anhelos y dudas en el propio proceso de su creación) es sustituida ahora por esta obra más distante y fría: sobre mi mesa de trabajo se agolpan catálogos, fotos, revistas, postales, libros. Pero están también los recuerdos. Waldo Saavedra es más que esos ejemplares y que los recuerdos. Es poco menos que una época lo que cuelga de la cadencia de su voz, de su letra y de ese hedonismo perverso que aún respiran sus imágenes.

Del lado de acá, mi lugar, la otra orilla de tantos, puedo reconocer los signos que me convidan a tentar el itinerario estético de este artista cubano. Quizá padezcamos de obsesiones tópicas, pues de aquí y allá las representaciones identificatorias discuten las superficies plásticas, se apegan a cualquier capricho morfológico, como si su concreción marcara para siempre esa pertenencia que acude como sugerencia suprema.

Hablar de vínculos y experiencias definitivas, declaradas en la obra de Waldo Saavedra, supone hacer referencia a algunos procesos de nuestro avatar cultural. Su discurso poético se forjó al calor de una renovación estética cuya magnitud ha sentado un precedente sin igual en los dominios de las artes plásticas cubanas (el renacimiento cubano o la década prodigiosa).

No todos profesaban su credo, articulado fundamentalmente en torno a las funciones sociales del arte y su fuerza movilizadora. Bajo la égida de esta

plataforma creativa se curtió una estética dura de reconocida raigambre conceptual, basada en el valor del acontecimiento y el gesto, nutrida de ideales de emancipación y deudora de la línea arte-vida heredada de la histórica vanguardia. Pero de sus aperturas expresivas, afirmadas en una ideología transgresora, nació una conducta cultural que desde entonces liderea en la práctica simbólica. Su signo es poner a disposición de la propuesta creativa, sin complejos de inferioridad, todo aquello que sirva a la idea de arribar a su concreción sensorial. Esta postura fomentó una reticencia a maneras etiquetadas por el discurso, y despejó las ortodoxias estéticas que han pesado en los hitos artísticos de la *main stream*.

Lo más interesante, sin embargo, es la respuesta que esta orientación artística halló en el contexto pedagógico, cuyo proyecto (sobre todo en el Instituto Superior de Arte) promovió, junto con la reflexión acerca de los procesos de la cultura contemporánea, una capacidad de resignificación de dichos procesos en las condiciones de la sociedad y la cultura cubanas. Este elemento ha dotado de singular frescura a nuestra plástica. Una formación académica sólida, avalada por un criterio abierto del arte, una formación a prueba de manierismos que incita a un perfil amplio en la creación artística, ha calado hondo en la conciencia de los creadores.

Waldo Saavedra no ha escapado a esta tradición. Con su modo peculiar de campear en diferentes

---

\* Profesora principal de Teoría de la Cultura Artística, Instituto Superior de Arte, Universidad de La Habana.

medios, como la pintura, el dibujo o las instalaciones, no se ha casado con un sentido o modo de ser del arte sino que aprovecha todo ese acervo en función de una u otra necesidad expresiva. Tiene a su favor, además de una voluntad desprejuiciada, una intuición especial para el diseño y una envidiable vocación para fabular con la materia plástica, además de una "mano" que le ha garantizado la excelencia en su ya prolija obra.

Durante los años ochenta, en Cuba, este artista fue abanderado de la expansión de las aperturas lingüísticas de las artes plásticas en otros dominios de la creación. Escenografías, diseño de cubiertas para discos, dirección artística en propuestas para cine y video, contribuyeron al afianzamiento de una nueva visualidad, con mayores posibilidades de socialización por esta vía. Estas incursiones en medios más democráticos que los espacios habitualmente elitistas de la plástica, y el conocido desempeño del artista como ilustrador, lo armaron de una capacidad para dar soluciones rápidas y eficaces al ojo. Su manera de optimizar los recursos narrativos y de concebir desde ellos metáforas visuales con alto poder de sugestión ha dotado a su obra de la facultad de ser accesible al gran público, sin facilismos ni "bonitizaciones" insulsas.

Consumidor visceral de buena música, Waldo Saavedra asimiló pronto los códigos seductores de la imagen publicitaria, sobre todo a través de carteles y cubiertas de discos. Aún conservo algunos ejemplares de portadillas de *cassettes* que él reproducía artesanalmente, salvando el acabado de una grabación deseada a partir de originales que los amigos traían de diferentes partes del mundo. Pienso que además de sus dotes para casi fotocopiar cualquier imagen, estos ejercicios afincaron su virtuosismo y educaron su ojo en esa economía eficaz y conquistadora del diseño comercial.

Incluso recuerdo que no sólo copió cubiertas. Su protoexperiencia como diseñador profesional se concretó con las ideas que le sugería la música de sus favoritos. A partir de toda esta práctica acumuló recursos gráficos y perfeccionó esa inmediatez cultivada del mensaje que su ojo ha logrado.

La expresividad de este creador es en principio híbrida. Signos identificables con el expresionismo, la nueva figuración o el *pop*, nos asaltan desde sus

formas. Pero al margen de los "avisos" estéticos catalogadores están los datos recurrentes que hablan de sus orígenes, de su sensación de cubano, de isleño y de puerto.

El ambiente recuperado e intervenido por la memoria ocupó buena parte de su labor en los inicios de los ochenta. El mar y los quehaceres a él vinculados, la atmósfera marina y los signos que deja en la gente y en las cosas, sirvieron de motivo supremo a su sensibilidad plástica. Por entonces produjo valiéndose del *collage*, la instalación y algunos otros medios, pero sin abandonar el dibujo y la pintura, a los que hizo concurrir junto a las nuevas opciones. Una fecunda veta lírica se consolidó como distintivo de su creatividad. La metáfora intimista se adueñó del soporte, desplegando su energía en jirones poéticos de su experiencia vital.

"Soy un pintor que cuenta historias", dijo en cierta entrevista. Y es cierto: Waldo Saavedra tiene una indudable facultad narrativa que se apoya en una combinatoria entre el signo figurativo, la pincelada expresionista y el trazo suelto e intenso de corte informalista.

Otro plano significativo es el papel que otorga a la históricamente alabada *techné* (exteriorización de virtuosismo). El acto mismo de manipular la materia expresiva, de experimentar la presión de la impronta creativa, esa tensión entre el sujeto y el material, interpretados ambos como entidades vitales, son fundamentales para apreciar y valorar su trabajo.

Waldo Saavedra, como buen cubano que no está todos los días en contacto con los fluidos y las corrientes de su mar, también ha sido mordido por la nostalgia. Este cambio de ánimo se refleja en buena medida en su producción reciente. La poética intimista ha cedido terreno a una inquietud antropológica más existencial que reflexiva. Tiene primacía la indagación en procesos de identidad. El sujeto se reconoce imbricado en el tejido de un texto cultural que lanza sus claves identificatorias. Cruces, tránsitos, encuentros, dejan sus huellas de mirada asombrada unas veces, descubridora de analogías otras, aventurera tantas. Pero siempre, la ojeada del paseante, cazador de vestigios, virgen del prejuicio original. Pero siempre, la lúcida esperanza de que "todo arrancará, cuando algo lo provoque".♦